

Marcela Duque

**UN ENIGMA
ANTE TUS OJOS**

Prólogo de
CARMELO GUILLÉN ACOSTA

SEVILLA **NÚMENOR** 2024

© Marcela Duque
© *Del prólogo*: Carmelo Guillén Acosta
© Fundación Altair (2024)

ISBN: 978-84-122584-8-6
DL: SE-I.057-2024

PRODUCCIÓN EDITORIAL:
Los Papeles del Sitio

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN ALTAIR
Apartado postal 5056
41080-Sevilla (ESPAÑA)
libros@altair.edu.es

MARCELA DUQUE
O EL LENGUAJE AMOROSO DEL ASOMBRO

PARA quienes seguimos dedicando gran parte de nuestra vida a la Poesía, identificar de inmediato la autenticidad de un poeta al abrir uno de sus poemarios es algo que surge de manera espontánea. Esta certeza la tuve cuando leí *Bello es el riesgo*, el anterior libro de Marcela Duque, merecedor del Premio Adonáis en 2018. Aquella impresión se refuerza aún más si cabe al sumergirme ahora en las páginas de su segunda obra, *Un enigma ante tus ojos*.

Al manejar los recursos expresivos con el suficiente ingenio o intuición como para despertar la fluencia de su espíritu, esto es, la emoción o chispa anímica que hace del lector cómplice de su mundo, de su ritmo vital, de su intensidad interior, del caleidoscopio de imágenes que generan sus poemas, inevitablemente me lleva a afirmar que, incluso, esta poeta, además de auténtica, es excelente.

Tal cual escribiera el novelista Arnold Bennett a propósito del poeta William Butler Yeats: «Es uno de los grandes poetas de nuestra era, porque media docena de lectores sabemos que lo es». De ese linaje es Marcela Duque; lo digo convencido. Y, aunque ella no se prodigue, no deja de ser una mujer a quien el don de la Poesía no le ha sido negado; todo lo contrario: es la gracia que quiso darle el cielo.

Cuando se leen sus poemas —y me centro en este libro concreto—, lo primero que resalta es que la suya es una poesía deslumbrantemente conmovedora, por momentos de raíces culturalistas y clásicas, vinculada a sus lecturas filosóficas (fue lo que ella estudió: Filosofía) y a algunos autores contemporáneos por los que tiene cierta preferencia, pero, sobre todo, de un gran poderío intimista, lo que le da ese aire fresco, de línea clara, arrollador, muy proclive a la música. Viene marcada por un sentido, o mejor dicho, por una búsqueda de sentido, de ahí que esté llena de interrogantes, de inquietudes, de afán de belleza, de lirismo y de atención. Irrumpe desde un universo íntimo, el suyo propio; un universo que recuerda, en este específico caso, al vacilante y decisivo de Agustín de Hipona: «¡Tarde os amé, hermosura tan antigua, y tan nueva, tarde os amé! Y he aquí que estabais Vos dentro de mí, y yo fuera, y fuera os buscaba yo y sobre esas hermosuras que Vos creasteis me arrojaba deforme» (cf. *Confesiones*, x, 27, 38), que, en la circunstancia del volumen de Marcela Duque, se articula con los siguientes endecasílabos blancos: «yo te buscaba fuera y te perdía, / no te encontraba a ti ni a mí me hallaba. / Vacío de belleza me lanzaba / a toda otra belleza, solo un eco / de esa belleza antigua y siempre nueva / que ha conquistado todos mis sentidos (...) ¡Y yo te he amado tarde! Ven, corramos» (cf. el poema «Tardo gozo mío»). Así, a partir de ejemplos reflejantes como éste, se podría concluir que, al igual que su poemario precedente pudo entenderse, en principio, como un homenaje a Sócrates, *Un enigma ante tus ojos* es, sin más, un merecido tributo al santo africano.

No obstante, presentarlo sólo desde esa ligera consideración sería tanto como no apreciar la riqueza lírica y tensional del libro de Marcela Duque quien, en mi opinión, va con sus nuevas composi-

ciones más allá de una recurrente aproximación a los distintos episodios de vida que se revelan en las *Confesiones* agustinianas. Pese a que, incluso, los descubra reescribiéndolos casi explícitamente en bastantes instantáneas, a la poeta le sirven de punto de partida para dar rienda suelta a una serie de profundas reflexiones centradas, primero, en el conocimiento del Amor divino y, desde esa perspectiva, en el de sí misma y de su entorno. A partir de ahí, *Un enigma ante tus ojos* vale la pena descubrirlo como un poemario escrutador, indagatorio, muy en la línea de aquéllos en los que se emplea el recurso literario del distanciamiento y en los que se parte de un personaje poemático concreto sobre el que, esta vez, la poeta, seducida por el hallazgo del encuentro con la divinidad —teniendo, insisto, la vida de san Agustín como fuente de inspiración—, vuelca su propia experiencia. Versos como «Tu voz es puro gozo, un raudal / más fuerte que el arroyo de placeres / que no son más que ruido. Tú rompiste / con susurros mi sordera. Me hablaste / al oído con una seducción / incluso para mí desconocida» (cf. el poema antes citado «Tardo gozo mío») se pueden entender como una glosa de «Me llamaste y clamaste, y quebraste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré» (cf. *Confesiones*, x, 27, 38), constituyendo en ambos casos un fervoroso y apasionado diálogo amoroso con quien se descubre «más dentro de mí que lo más íntimo de mí, y más alto que lo supremo de mi ser» (*ib.* III, 6, 11). Con todo, en esa intencionada coincidencia argumentativa, se da una muy distinta orientación del mismo asunto por parte de la poeta: mientras que el obispo de Hipona narra sin tapujos el itinerario de búsqueda de su propia identidad, Marcela Duque opta por desdibujar pudorosamente el suyo, evitando en la medida de lo posible cualquier atisbo de exhibicionismo y emboscándose en la

escritura de la obra del otro, al que repetidamente vuelve aireando escenas que le sirven de jalones sobre los que forja el desarrollo expositivo de su discurso poético.

Valga de referencia un fragmento del poema «Al lector», inspirado en el libro IX, 11, 13, de las *Confesiones*. En ambos lugares se destaca la solicitud de oraciones por seres queridos. En el primero, específicamente por los padres: «permítidme irrumpir sólo un instante, / con esta petición en un susurro: / una oración pequeña por mis padres»; en el segundo, por la madre: «Señor mío, Dios mío, inspirad a (...) cuantos esto leyeren, se acuerden ante vuestro altar de Mónica». La comparación entre los dos textos revela matices divergentes, pudiéndose comprobar que el hecho narrado en el relato agustiniano sirve de motivo a Marcela Duque para llevar prácticamente el mismo incidente a su situación particular. Es ésta la dinámica que, por lo general, prevalece en *Un enigma ante tus ojos*.

Tómese de ejemplo igualmente, entre otros que resultan quizás menos perceptibles, el texto inicial y más extenso del libro, «La tradición» —por cierto, muy inteligente preámbulo para abrir el poemario, igual que el titulado «Sabbath» para cerrarlo—, que ofrece una justificación completa de lo que la poeta quiere comunicar. Pese a que pueda dar la impresión de que, partiendo de ese casi anafórico «después de...», expresión vinculada a las famosas coplas manriqueñas, la autora únicamente quiere recrear el final de las vidas contingentes de Cicerón y san Agustín a través de flashes concretos, en realidad lo que hace es revivir no sólo el destello de la Verdad experimentado por el santo de Hipona tras su providencial encuentro con el *Hortensio* ciceroniano, que a su vez constituye el fundamento para «conquistar la muerte», sino también el viaje

reflexivo que ella misma acomete interiormente. De hecho, el verso «Me convertí en enigma ante mí mismo» (cf. el poema «*Magna quaestio*»), siendo una trasposición poética de «Y Vos, Señor Dios mío, oídme, volved los ojos, y miradme, y compadeceos de mí; y sanadme Vos, a cuyos ojos he llegado a ser un enigma para mí mismo, y ésta es mi enfermedad» (cf. *Confesiones*, x, 33, 50), actúa, sin lugar a dudas, como punto de arranque para que Marcela Duque lleve las *Confesiones* agustinianas a su propio terreno, asumiendo también que la vida es un enigma, o, dicho con otras palabras, un «misterio ante el misterio de la muerte».

Un misterio, pues, que supone el principio de un recorrido vital y que la poeta presenta a través de diversos episodios de la biografía confesional de san Agustín: encuentros con variadas escuelas filosóficas, instigación de la carne, descubrimiento de la gracia y que, en todos los casos, son modos de introspección, de anhelo por alcanzar la Verdad hasta que se adquiere esa conciencia de que el único logro verdadero sucede cuando se deposita la confianza en un Dios que es Amor. Ésa es, en resumen, la entraña del libro, o, al menos, la conclusión que extraigo de *Un enigma ante tus ojos*, intuido como una invitación a la interioridad, a indagar en las capas más profundas e imprevisibles de nuestro ser.

Como en *Bello es el riesgo*, su obra anterior, Marcela Duque recuerda que, para llegar «a lo íntimo / del alma» (cf. el poema «El puerto de Ostia»), «la atención es la puerta del asombro» (cf. el poema «Conversación con el misterio») y que ésta, la atención, encierra «una pregunta / a la que le responde la belleza» (cf. el poema «Conversación con el misterio»), haciendo ver así, de manera progresiva, que su poemario es una fascinante aventura introspectiva ante el riesgo apasionante que implica el enigma de la belleza. Cualquier lector

que se adentre en este volumen lo comprobará fácilmente, a la vez que la pericia poética de Marcela Duque, reflejada en la mirada de asombro de la que parte en cada uno de sus textos, tan llenos de viveza y aciertos líricos.

CARMELO GUILLÉN ACOSTA